

Carlos Martínez Silva

¡Lejanas montañas de Santander que alarmaron nuestros ojos y les enseñaron la épica grandeza! Unión perfecta de cordilleras, sierra interminable, receptáculo de los rayos de un astro arrojados despreciativamente en los valles grandísimos que reflejan con su vegetación esmeralda los destellos del éter. Ríos largos y furiosos que ostentan su poder con los ataques a las rocas y muestran la destrucción impía!

Allí, en un rincón predilecto, como agarrada de la pendiente, descansa una ciudad bella, cuna del departamento y poseedora hoy de riquísimos adornos. Minúsculo laberinto de calles y de casas, con una plaza que evoca los vetustos circos, bañado a sus pies por el leonado Fonce, lleva el nombre de San Gil, hecho ilustre por los hijos suyos.

Vieja calle en aquel entonces, arropada de informes piedras, daba entrada a la casa colonial en que nació Carlos Martínez Silva, exponente de celeberrima prosapia, el 6 de octubre de 1847. Como vástago de familia cristiana, los rayos del sol acariciaron por vez primera su tez cuando le llevaron a la iglesia. En aquel antiguo edificio de tranquilidad augusta, bajo el cielo artificial que guarda el Sacramento divino, junto a aquellas naves largas y misteriosas y dentro de un baptisterio pequeño pero de tesoros magnos, comulgó con la fe que más tarde defendería por medio de su pluma egregia.

Al abrigo del hogar digno, con las ternuras maternas y la rigidez de un padre noble, desarrolló su cuerpo y amamantó su alma.

Como niño, dirigiría sus pasos desordenados hacia la ribera del río y penetraría con su espíritu ávido de emoción al jardín natural de aquel pueblo, el precioso "Gallineral". Descansaría sobre un lozano césped mientras entretenía su vista en contemplar los encantos naturales, aque-

llos diminutos árboles de cienicento tronco, abrigado por hilillos verdes que forman artísticas faldas vegetales, aquellos prados frondosos, la majestuosidad de las inmensas plantas que se conjuga con el silencio místico en aquel escondite de las riquezas florales, los claros del entretejimiento de juncos y, por ellos, las algas desprendidas de su cámara montañosa.

Otros días se encaminaría dichoso hacia una de las más bellas corrientes de mi tierra que circunda un pueblecito no menos hermoso, una ciudadela de luces que chocan contra los muros para ir alborotadas a los montículos próximos, una mansión de perfecta armonía, de encantos infinitos hasta en su nombre adorable. A Curití, diminuto retiro de los ángeles, iría a lo largo de la quebrada y a sus plantas dejaría vagar el alma por cima de las prolongadas lomas, por la lejana silueta de los montes retratada en el cárdeno cielo del atardecer, pero nunca imaginaría que su nombre había de brillar tan artísticamente como las sardinas múltiples ante el fulgor de los rayos del sol poniente que penetran en las aguas cristalinas del riachuelo para permitir la vista embriagadora de los pececitos luminosos en la obscuridad profunda del contorneado cauce.

Crecido ya y amante de la gloria propia que se semejaba a la natural que había hallado, ingresó en el colegio de su ciudad. Más tarde cursó algunos años en Piedecuesta, donde asombró a superiores y maestros por su rectitud immaculada. Terminó de formarse intelectualmente en colegios de esta urbe bulliciosa como el de don Ricardo Carrasquilla y San Bartolomé y optó luego su grado de doctor en la Facultad Nacional de Derecho.

Sufría la República en esa época el efecto de encarnizadas luchas partidaristas; en los campos se vertía sangre a torrentes y sólo se pensaba en las ciudades vencer al contrario. Conmovido ante situación tan caótica, quiso ayudar a la salvación patria.

Era cristiano y no de aquellos que tienen su fe como el usurero su riqueza, para no lucirla sino cuando ello le devenga utilidades. Sufrió en esos días de estudio la ofusca-

ción del provinciano bajo el cielo capitalino, pero surgieron horizontes ignotos que le prometían victorias. No hubiera sido raro que empleara sus fuerzas físicas e intelectuales en el aniquilamiento del enemigo; pero recordó que ante su fe una lucha entre hermanos y por asuntos políticos es del todo absurda; sabía que sus creencias religiosas no debían mezclarse con las de partido alguno para convertirlas en estandarte y escudo como aun lo hacen muchos, inquirió que su deber estaba en procurar la paz y obtener con ella prosperidad y grandeza para el país. En bella frase sintetizó sus pensamientos: "En política como en el campo de la moral privada nada valen las buenas doctrinas cuando las prácticas no van de acuerdo con ellas. Eso de invocar nombres santos y cosas venerandas para encubrir picardías, es un fariseísmo odioso y repugnante que está haciendo perder su prestigio a la causa conservadora".

Anheloso, pues, de servir a la patria y sintiéndose atraído desde joven a la enseñanza, estableció un colegio en San Gil y después viajó a la capital antioqueña para dar algunas clases en su Universidad. Entrañó el verdadero significado del maestro; vio que debía sobrevivirse en sus discípulos y gozaba de pundonor. Por ello su obra fue grande.

Después, para servir a los jóvenes combatientes, fundó con don Sergio Arboleda el Colegio del Espíritu Santo, aquí en la ciudad andina. Adivinaba las almas grandes, deseaba apoyarlas y para ello las llevaba a su colegio. Con asiduidad laudable dirigía el establecimiento y con celo apostólico regentaba las clases. Bajo su dirección se educó Rufino José Cuervo, quien luego, con su ciencia inmensa, ofrendó al maestro tributo de admiración.

Tranquilo, alto, bien cuadrado, de frente esbelta, con mostachos que inspiraban respeto, Martínez Silva vivía en sus alumnos; penetraba sus corazones con la palabra y se apoderaba de sus almas con el ejemplo y las excelsas doctrinas que enseñaba.

Cierto día lo cautivó un muchacho pobre pero de facciones finas, tímido pero fogoso de espíritu, en quien imaginó inteligencia y pulcritud. Le entregó la portería y lo ma-

tricoló en algunas clases de derecho. No se equivocó al brindar su confianza a un hijo ilegítimo que quería ser algo; lo consintió, elevó sus esperanzas y más tarde ofreció una gloria a la República con el nombre de Marco Fidel Suárez.

Dos individuos de esa talla, de sabiduría tan admirable y de vida sin tachas bastarían para explicar la actuación de Martínez Silva. Pero no sólo el sabio es meritorio; muchos hombres hay, opacados por varios soles, que en su corazón encierran un mundo de bondad y en su mente mares de ideas para transformar tantos desórdenes y que no pueden hacerlas realidad porque viven otros, soñadores e hipócritas más audaces, que dominan el mundo por medio de palabras engalanadas de artimañas. Muchos de aquellos hombres, dignos y grandes en la solemnidad de su resignación, ocuparon las bancas del colegio que hacía honor a Colombia.

Martínez Silva, el trabajador insigne, parco para consigo mismo, era incansable en su obra. Supo muy bien que el aire absorbe la voz y que en sus discípulos no perduraría todo su espíritu; poseyó la generosidad que debe adornar a todo hombre epónimo y condensó en varios libros su saber para que fructificase luego. ¡Cuán distinta sería la vida si todos los individuos de ciencia que hoy viven no se contentasen con el periódico diario que se refunde, con la voz que se esfuma y sintetizaran sus conocimientos profundos en el libro, único medio de contacto con las generaciones!

Eso hizo el magnánimo maestro. Niños que éramos admirábamos su nombre en la Geografía Universal y en la Historia Antigua. Retrató en una de ellas el mundo de su tiempo y dibujó mapas con letras que formaron un texto digno de su pluma. Sujetó en la otra las gentes a hojas de imprenta y con fidelidad absoluta rememoró los principales hechos de la humanidad para que sus hijos intelectuales viesen en ellos un ejemplo y obrasen de acuerdo con su naturaleza. Escribió, además, un Tratado de Pruebas Judiciales y unos Comentarios al Derecho de Gentes de Andrés Bello.

Refléjase en sus obras el saber y mediante raciocinios rápidos adivinamos su amor por los hombres, ya que mucho comunicó a ellos. Poseía un alma superior y no se conformaba con la mera sucesión de dichas e infortunios que brinda la vida; amó la grandeza y, para conseguirla, no vivió en sueños sino en su escritorio y biblioteca; anheló derrotar al cuerpo por el cultivo del espíritu y para ello se entregó al estudio, que regenera mortificados y los eleva a Dios por medio de la mente pura.

Defensor infatigable de sus ideas, firmes y bellas, escribía diariamente artículos grandiosos en que manifiesta su convicción, nunca fácil de corromper cuando es sólida y no aspira a saciarse con futesas. En busca de orden para el país, produjo páginas sencillas pero hermosas, todas iracundas pero serenas; al leerlas sentimos tristeza porque vemos que los males viven siempre en la tierra y continuamente acaban con los procederes limpios.

Aterrado de los gobiernos de su tiempo, expresaba con entereza: "La justicia! Esa y no otra es la base acertada de toda gobernación; la justicia, que a todos reparte por igual su derecho; la justicia, que excluye el odio; la justicia, que es incompatible con cuanto empequeñece y abate; la justicia, que es también caridad; la justicia, que no admite ni reconoce arbitrarios meridianos trazados entre pueblos, partidos u hombres".

Deseaba un país próspero para lo cual debía imperar un gobierno justo y sabio. Hizo del periodismo el verdadero vehículo de la ciencia administrativa; lo condujo a meta elevadísima. Imaginaba que más tarde se convertiría en tribuna de agiotistas, que caería en el desprestigio por contradicciones patentes y campañas bajas. Se impregnó en sus diarios para que, a más de mejorar, fuesen una sombra de su hidalguía y mostrasen al mundo qué clase de hombres habitaban este "reino indígena".

Por su colaboración se hicieron famosos "La Caridad", "El símbolo", "El Bien Público", "El Deber", "El Mochuelo", "La Unión Católica" y muchos otros que amó como a

sí mismo para ofrendar al pueblo el significado del poder, de la religión y la política.

Puede decirse que creó el "Repertorio Colombiano", encarnación del espíritu patrio, en el que continuó sus campañas igualitarias y sus peticiones justísimas. Destello finísimo del saber sería ese emblema de una raza cuando Menéndez y Pelayo, el crítico universal y el escritor intachable, dejó escapar cálido homenaje para la obra del santandereano.

Los hombres pulcros sólo sirven para obras semejantes; cuando bajan de la altura en que se han colocado sólo cosechan incomprendiones y vituperios. Tal sucedió a Carlos Martínez Silva en sus participaciones políticas; pertenecía a un mundo superior y por eso laceraron su corazón la contumelia y el agravio; por eso azotaron su alma las falsas interpretaciones y las pasiones ruines de sus contemporáneos. La política, campo de acción de las mentes superficiales, baldío incomensurable de falacia e ignominia, no podía albergar un elemento extraño por su sabiduría y virtudes.

Republicano y católico él, quería la unión de los colombianos, censuraba las revoluciones del uno y las reprimendas crueles del otro. Pero no cuajó su idea redentora; le traicionaron, lo llamaron indeciso y dieron espaldas al docto, al único hombre que habría evitado la catástrofe nefanda. Es que la descomposición social y económica improvisa talentos falsos y produce superhombres bajos; la aman las almas inferiores porque de otro modo perecerían de hambre.

Suficientes son estas anotaciones políticas en la vida del maestro. Dejemos la actividad que lo aniquiló y sigamos en este pobre ensayo con sus obras íclicas.

"Cuando la oposición es sistemática —ha dicho el inmortal Balzac— da casi siempre por resultado un contrasentido, pues no se trata de tener razón sino de destruir al poder sin perdonar medios". Quisieron muchos derrumbar al pedagogo, pero otros tantos adivinaron en esa campaña mala fe y quisieron premiarlo. De ahí el nombramiento merecidísimo que se le hizo para Rector del Colegio Mayor

de Nuestra Señora del Rosario el 1° de diciembre en el año 1885.

Los viejos claustros, semilleros del heroísmo y de la ciencia patrios, recibieron alborozados al superior insigne que comprendía la grandeza de esta casa y el lugar preeminente que le corresponde por sus frutos, por su historia y sus constituciones admirables. Aquí, por estos corredores, se paseó la mente del redentor, como Aquel otro, despreciado y malquerido. Por estas aulas vibró su voz fecunda y por estos muros vagaron sus gastados ojos.

Preocupóse por conseguir el resurgimiento de las glorias de nuestro Instituto, mermadas en aquel entonces por luchas fratricidas que le robaron sus hijos. Consiguió mucho, porque es lema en el Rosario oír la voz del sabio para mejorar el mundo. Le restituyó su carácter universitario y a más de clases en el bachillerato instruyó en Legislación y Derecho Público con doctrinas nuevas que consistían, según testimonio de Pombo y Guerra, en sentar ciertas premisas generales y estudiar luego los desarrollos que han tenido en los pueblos antiguos y modernos las ideas políticas relativas a la organización del gobierno para llegar al estudio de las diferentes constituciones que han regido en la República, tratando de conocer la razón de tales cambios y mudanzas.

Un año rigió Martínez Silva la herencia purísima de Fray Cristóbal, un año dirigió las mentes rosaristas con benevolencia y elegancia. Dejó el claustro con dolor y, en él, parte de su existencia que se reprodujo luego en las actividades jóvenes para hacer más reverenda esta madre de la libertad colombiana.

El benemérito clásico ocupó sillón en la Academia de la Lengua. Consagraron allí como norma sus escritos serenos, su estilo sonorísimo y sencillo y sus cláusulas de suave sentimiento. Discursos de elocuencia refinada le oyeron sus compañeros en dignidad, obras maestras que llevan luces poderosas y exaltan la memoria de amigos muertos. Admirable como maestro, como jurista, como sensato y bondadoso, no puede ser Martínez Silva menos elogiado como

biógrafo. Era parte de su ser, consistía su esencia el admirar con fervor los aventajados compatriotas. Los considera como hermanos amadísimos y es tal su exactitud y perfección en averiguar los secretos de las almas que producen genios, que nos sentimos avergonzados por atrevernos a comentar los actos de un indagador renombrado. Al solemne silencio de su tumba y a su paternal cuidado con los inferiores, acercamos estas líneas para que él las absuelva y nos permita en futuros tiempos tratar de nuevo sobre su personalidad famosa.

Envejecido y débil continuó sirviendo al país. En los Estados Unidos y México demostró su envidiable diplomacia. Encargóse allá del problema panameño y acá trabajó por la amistad de dos países hermanos. En el exterior, donde había podido encontrar amparo de las sandeces políticas, fue también atacado por los suyos; lo vilipendiaron y abandonaron en su misión plenipotenciaria y, cuando logró mejorar la situación colombiana, le destituyeron de su cargo para satisfacer las rastreras intrigas y dar pábulo a los tósigos del odio.

Afectado hasta el exceso por actitud semejante, pensó considerar a su país como cosa perdida, como monedas que se escapaban de sus manos afables para caer en las del avaro, viajar a Lima y terminar allí su vida en la educación de otros jóvenes por si acaso ellos sí le amaban. Pero el corazón de patriota eximio lo trajo a esta nuestra tierra en que se abomina al bueno, como a empedernido delincuente; y ella, simulándose madrastra infame, apuró el fin de sus días con una prisión injusta motivada por la honorabilidad y el deseo de progreso que expresaba el sangileño. Se adelantó él a sus contemporáneos, viajó en los corceles de su espíritu hacia llanuras que no imaginaban siquiera y ello le costó su existencia.

Iba a su pueblo natal donde pensaba escribir sus "Memorias" para explicar tantísimos puntos de historia política que habrían dado luces inquisidoras, pero la Divinidad lo llevó a su regazo a que descansase del mundo en diez de febrero de 1903, cuando pasó por Tunja.

Decía Víctor Hugo en los funerales del novelista que creó la "Comedia Humana" con su fecundidad maravillosa: "Los grandes hombres se hacen ellos mismos su pedestal y la posteridad se encarga de su estatua".

Actuó así Carlos Martínez Silva en el transcurso de su vida. Fabricaba él su pedestal cuando formaba juventudes, cuando pedía cordura a los dirigentes y reclamaba paciencia de los bravos revolucionarios, cuando escribía en sus artículos fogosos verdades y noblezas inestimables, cuando luchaba en Yankinlandia por el buen nombre de Colombia. Y las nuevas generaciones se han encargado de alabar sus obras, del desagravio que merece el justo constreñido, del homenaje a que tiene derecho el sabio honestísimo.

En el albo mármol cincelado recibe el maestro santandereano las plegarias de sus beneficiados y allí, durante el silencio de la noche, acarician su figura digna los hábitos del agradecido, al paso que en el día chocan contra la piedra que lo representa las voces de admiración y las exclamaciones del transeúnte.

Sea ese emblema de grandeza impulso para los hombres y forme con su silencio elocuente corazones que imiten al preceptor sin mancilla!

AUGUSTO ESPINOSA,

Estudiante de Bachillerato en
Filosofía y Letras en este
Colegio Mayor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico